

Reinterpretando la brecha y la *akrasia* a través de la causalidad descendente¹

Reinterpreting the gap and *akrasia* through downward causation

Ximena Velosa Rojas²

Juan Diego Morales Otero-Audióptica³

Resumen

Pretendemos analizar críticamente la teoría de la acción de John Searle. Nuestro propósito es interpretar la causalidad agencial (agente-acción) como un tipo de causalidad descendente que nos permite construir un marco explicativo coherente con la existencia de fenómenos como la brecha y la *akrasia*. El texto se desarrolla en tres secciones. En la primera articulamos los conceptos fundamentales que Searle utiliza para entender la acción humana: *la brecha* y *el yo 'sustancial'*. En esta sección encontramos una inconsistencia en la posición de este autor en cuanto a su concepción de la relación entre causalidad mental y causalidad física. En la segunda analizamos dos problemas fundamentales que tiene el teórico de la acción que pretende entender el vínculo causal entre mente y acción de una forma *eficiente*; aquí precisamente se ubica Searle con la mayor parte de la tradición. Finalmente, en la tercera sección desarrollamos una interpretación emergentista de la causalidad agencial y mental a través de la *causalidad descendente*. La importancia de introducir el concepto de *causalidad descendente* consiste en resolver la inconsistencia que se crea entre la concepción de leyes causales universales, y la libertad de la agencia que se deriva del fenómeno de la brecha.

Palabras clave: brecha, *akrasia*, causalidad eficiente, causalidad agencial, causalidad descendente.

¹ Este artículo hace parte del proyecto de investigación: “El vínculo epistemológico entre el lenguaje, la percepción y el mundo”, auspiciado por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Código del proyecto: 201010014491. Fecha de recibido: 1 de octubre de 2011. Fecha de aceptación: 1 de diciembre de 2011.

² Filósofa, Universidad Nacional de Colombia. Estudiante Maestría en Derechos Humanos y Democratización, Universidad Externado de Colombia y Carlos III de Madrid. Correo electrónico: ximena.velosa@gmail.com.

³ Filósofo, Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Filosofía, Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de Doctorado en Filosofía, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: audiopicaeshacer@gmail.com, jdmoraleso@unal.edu.co.

Abstract

We will analyze critically the theory of action of John Searle. Our purpose is to interpret the agential causality (agent-action) as a kind of downward causation that allows us to build an explanatory framework that is coherent with the existence of the phenomena like the gap and *akrasia*. The text is developed in three steps. First, we articulate the fundamental concepts that Searle uses to understand the causality of human action: *the gap* and *the 'substantial' self*. In this section we find inconsistency in his conception on the relationship between mental and physical causation. In the second, we analyze two fundamental problems in the theory of action that seeks to understand the causal link between mind and action in an *efficient* way; here precisely Searle lies with the greater part of the tradition. Finally, through the third section we develop an emergentist interpretation on agent and mental causation through *downward causation*. The importance of introducing the concept of *downward causation* is to resolve the inconsistency that is created between the conception of universal causal laws, and the freedom of agency introduced by the phenomenon of the gap.

Keywords: gap, *akrasia*, efficient causation, agential causation, downward causation.

1 Searle y su teoría de la acción

Searle, al igual que filósofos como Davidson y Fodor, distingue las acciones de los demás tipos de eventos al caracterizarlos como aquellos que son causados por las creencias, deseos e intenciones de un sujeto. Según esta corriente de pensamiento, son dos las relaciones que se dan entre acción y mente: por un lado los fenómenos mentales son eventos *antecedentes* que causan *eficientemente* a las acciones y, por el otro lado, estas actitudes se articulan como las *razones* con base en las cuales el sujeto explica sus acciones, lo que equivale a decir que mediante estas actitudes se racionalizan las acciones de un individuo (porque se explican bajo razones). Para Searle, un agente desarrolla un proceso mental (deliberación) a partir de unas creencias y deseos y llega, causal y racionalmente, a una decisión o intención, estado mental que a su vez causa la acción.

El rasgo que en principio diferencia la perspectiva de Searle de la mayoría de teorías contemporáneas de la acción, es la introducción de un elemento de *la consciencia del agente* para dar cuenta de algunos rasgos importantes que, según éste, son pasados por alto por las demás teorías. En la propuesta de este filósofo, para entender la *causación intencional*⁴ debemos hacer un examen de la relación

⁴ Mente-acción; específicamente estados mentales intencionales y con contenido proposicional.

entre mente y acción desde la perspectiva del agente, desde la primera persona; al hacer esto nos daremos cuenta que las *causas* mentales, *qua* mentales, *no son suficientes* para que la acción se lleve a cabo, pues existe un rasgo fenomenológico de nuestra experiencia que nos muestra que en todo momento somos capaces de actuar de forma distinta a como lo hemos hecho. Mientras tanto, el Modelo Clásico, como Searle denomina a la perspectiva causalista tradicional de la acción⁵, afirma que los estados y eventos mentales que anteceden a la acción *son suficientes* para la causación de la acción. Para explicar la causación mental, este Modelo Clásico simplemente asume una teoría de la identidad de instancias (*token physicalism*) según la cual todo evento mental es idéntico a un evento físico; dado que cada evento mental es físico, estos pueden causar acciones, que son otros eventos físicos. Así, existen leyes físicas estrictas que cubren a los eventos mentales pero sólo cuando son descritos como eventos físicos, sólo cuando se toman en cuenta *sus propiedades físicas*.

Searle está de acuerdo con la idea de la identidad y de la causalidad física. El problema que encuentra es que los eventos o estados mentales, *en tanto que mentales y conscientes*, no son *percibidos o experimentados* como estableciendo *condiciones causales suficientes* para la acción. Este es precisamente el fenómeno de la brecha⁶: el *agente* encuentra una brecha o salto *causal* entre sus propios estados mentales y acciones. Esto es, no hay desde el punto de vista del agente, psicológico o fenoménico, condiciones suficientes para la acción y, por tanto, el agente se experimenta a sí mismo como libre de sus determinantes psicológicos. Hay un vacío causal, o por lo menos el agente lo percibe así; y no sólo lo experimenta, sino que lo *tiene* que experimentar; si esto no ocurriese, el agente no se percibiría como agente, con posibilidades de actuar sobre sus intenciones y decisiones. Y aquí es donde Searle cree alejarse el Modelo Clásico. Sin embargo no es claro que este sea el caso. Miremos por qué.

Dado el rechazo común de una posible reducción o eliminación de los fenómenos y los conceptos mentales⁷, tanto el Modelo Clásico como la propuesta de Searle separa lo que Dennett [1969] ha llamado los niveles personal y subpersonal de la explicación. Para Searle es un hecho de nuestra fenomenología y de nuestra psicología, un hecho de nivel personal, el que exista la brecha (o el que *tengamos* que percibirla como real), el que los eventos mentales no constituyan condiciones suficientes para la acción. Sin embargo para este autor

⁵ En donde este autor ubica inicialmente a Donald Davidson y Thomas Nagel (Searle 2001 81).

⁶ Véase la caracterización exacta en Searle (2000 84).

⁷ Lo que ha derivado en nuestro actual paradigma metafísico, a saber, el fisicalismo no reduccionista; posición defendida, entre otros, por filósofos como Davidson, Searle, Fodor, Putnam y Block.

“la brecha podría ser una ilusión” (Searle 2000, 92), pues, como él mismo sostiene, “[q]uizás en un nivel diferente de la descripción, quizás en el nivel de las sinapsis y los neurotransmisores, las causas [sean] suficientes para los movimientos corporales, pero en el nivel de descripción de la acción intencional, la definición de acción libre (voluntaria, racional, consciente) incluye el que no tiene antecedentes psicológicos causalmente suficientes.” (Searle 2000, 95) Así, para este filósofo, al igual que para el Modelo Clásico del cual pretende alejarse, al menos para el monismo anómalo de Davidson que afirma que no existen leyes *psico-físicas* como tales, desde un nivel de descripción personal y psicológico no existe la posibilidad de hablar de unas condiciones causales suficientes para la acción. Pero, dado que los eventos mentales son idénticos a eventos físicos, nada nos impide pensar que bajo la descripción física de estos, bajo la explicación y conceptualización de la física o la fisiología (en un nivel sub-personal), lleguemos a encontrar condiciones causales *suficientes*.

El otro punto central que queremos resaltar en la teoría de este filósofo acerca de la acción humana es la idea de un *yo (self) sustancial*. Este filósofo desarrolla una argumentación para mostrar que el concepto de un *yo sustancial*, de la misma forma que el concepto de *la brecha*, es necesario para el cabal entendimiento de nuestra acción, puesto que refiere a *condiciones de posibilidad* sin las cuales no podríamos hablar con sentido de la responsabilidad y la libertad que asumimos que tiene todo agente. En consecuencia, Searle desea superar el célebre análisis realizado por Hume acerca del yo; como sabemos, “[e]l yo, de acuerdo con Hume, es sólo un haz de experiencias y nada más.”⁸ (Searle 2001 77). Mientras tanto, Searle cree que es necesario encontrar en nuestra ontología, además de acciones y estados mentales, un agente o un yo, algo o alguien que sea el sujeto de tales acciones y estados mentales. Sólo si el agente es *idéntico a través del tiempo*, sólo si éste puede ser el mismo cuando desea *X* y cree que haciendo *Y* va a conseguir *X* en un tiempo *t*₁, y cuando decide previamente hacer *Y* en *t*₂, y cuando tiene una intención de hacer *Y* en *t*₃, y hace *Y* en *t*₄, entonces podemos decir que es realmente el sujeto quien realiza la acción. Si no hay un sujeto, agente o yo ‘sustancial’ que es idéntico a través de estos diferentes estados mentales, entonces realmente no hay acción y simplemente quedaría un devenir de eventos meramente físicos.

A partir de esta estructura argumentativa Searle finalmente pretende derivar la explicación del fenómeno de la *akrasia*, afirmando que, contrario a lo que piensa la mayoría de filósofos, este fenómeno es demasiado común y no entraña ningún enigma (Searle 2000 248). Las personas somos capaces

⁸ Todas las traducciones son nuestras.

de deliberar acerca de nuestros cursos de acción, deliberaciones que se basan en nuestros estados psicológicos, como nuestras creencias y deseos, y en la información relevante objetiva. El fenómeno de la *akrasia*, o debilidad de la voluntad, consiste en el hecho de que cuando llegamos a decisiones incondicionales a partir de estas deliberaciones, considerando un curso de acción como el mejor posible, finalmente actuamos en contra de esta decisión y deliberación; en contra de nuestra voluntad. Pero para el Modelo Clásico esto no es posible; según Searle, éste sostiene que los estados mentales o razones de la acción constituyen *condiciones causales suficientes* para que se dé esta última.

Para ilustrar el punto imaginemos que (i) un agente llega mediante un proceso deliberativo y racional a una intención *X* cuya condición de satisfacción es la acción *Y*; (ii) no hay condiciones externas al agente que impidan que se realice *Y*. Según el Modelo Clásico, dado que los antecedentes psicológicos de *Y* son condiciones suficientes, necesariamente (por ley natural) se debería seguir la acción *Y*. Ahora, (iii) sucede que no se da *Y*, sino que el agente realiza la acción *Z* que excluye la posibilidad de *Y* y que, por tanto, está en contra de la deliberación e intención *X*. Para explicar (iii) el teórico tradicional asume que el agente realmente no tenía *X* y en su lugar más bien tenía la intención *X2* – quizás inconsciente – que finalmente causó *Z*. La conclusión es que el fenómeno de la *akrasia* no es real: siempre existen antecedentes psicológicos (razones) que explican y causan las acciones⁹.

Por supuesto, Searle quiere negar semejante conclusión. Quiere respaldar la idea de sentido común, según la cual en algunas (quizás muchas) ocasiones actuamos sin tener razones; de hecho en contra de nuestras razones: actuamos irracionalmente. Este autor afirma que el error que comete la tradición filosófica es considerar que el caso de la *causalidad intencional* es el mismo de la causalidad material, el caso de los movimientos de las bolas de billar (Searle 2000 250).

No obstante, aunque Searle desea seguir la intuición común que sostiene que a menudo somos irracionales, éste se debate entre *dos intuiciones irreconciliables* acerca de la naturaleza de la *causalidad intencional*. Esto finalmente no le permite explicar satisfactoriamente cómo y por qué existen los fenómenos de la brecha y la *akrasia*. Examinemos estas dos ideas:

(1) Searle quiere afirmar que en el caso de la *causalidad natural o material* (no intencional) tenemos relaciones entre eventos que instancian leyes y regularidades universales y, por tanto, que toda causa es suficiente para que se dé su efecto. De hecho, cree que este rasgo de instanciación de regularidades

⁹ Según Searle, al menos Davidson y a R. M. Hare sostienen esta posición que niega la realidad de la *akrasia* (Searle 2001 221).

universales es el centro de la causalidad, tal y como la entendemos –de tipo eficiente- (Searle 1992 124). Teniendo esto en mente, este filósofo sostiene que el caso de la “causalidad intencional es en ciertos e importantes aspectos diferente al de la causalidad de las bolas de billar.” (Searle 2001 231) Como ya hemos visto, existe una brecha causal *necesaria* puesto que *los antecedentes causales son insuficientes para la acción*. Como él mismo afirma, “ambos son casos de causalidad, pero en el caso de los deseos y las intenciones, en el caso de las acciones voluntarias normales, una vez las causas están presentes, éstas aún no compelen al agente a actuar; el agente tiene que actuar sobre (*act on*) las razones o sobre sus intenciones.” (Searle 2001 231)

(2) A pesar de la previa distinción que se mantiene entre causalidad material y mental, Searle sigue considerando que ambos tipos de causalidad son tipos de causalidad *eficiente*, idea que es bastante extraña, por decir poco, pues, según nuestra imagen común y tradicional acerca de causas eficientes, éstas son suficientes y estrictas; son instanciaciones de leyes y regularidades universales. Para acentuar más esta inconsistencia, veamos cómo caracteriza la relación entre causalidad intencional y eficiente:

Un resultado ulterior de nuestra discusión de la relación entre causalidad Intencional y regularidad es éste: no hay dos géneros de causación, causación regular y causación eficiente; la causación es un asunto de que algunas cosas hagan que otras cosas sucedan. [Así], en una subclase especial de causación eficiente, las relaciones causales involucran estados Intencionales [...] (Searle 1992 144-145).

No hay, según esta idea, una verdadera distinción entre causalidad natural y causalidad mental, *puesto que esta última es meramente un caso de la primera*. Pero si esto es así, entonces la idea de la brecha, la idea según la cual los antecedentes psicológicos que causan a las acciones no son suficientes para la acción, se derrumba. Searle termina afirmando que las causas psicológicas son suficientes para las acciones, dado que son causas eficientes, y que no son suficientes, dada la brecha.

Parece que la falla del argumento de Searle, que entraña la inconsistencia aludida, radica en su incapacidad para dar un piso *real y ontológico* al fenómeno de la brecha, al agente o yo y, finalmente, a la *akrasia*. Como ya vimos, estos fenómenos podrían ser simplemente una ilusión (Searle 2000 92). Pero si esto es así, nuestra acción, nuestra *libertad*, nuestro mundo y nosotros mismos terminaríamos siendo meras ilusiones¹⁰; esta es la posibilidad que Searle deja

¹⁰ Si esto resultara ser cierto, como dice Fodor en un contexto similar, “entonces prácticamente todo

abierta y que crea inconsistencias en su razonamiento. Creemos, entonces, necesario radicalizar la propuesta de este filósofo y considerar que estos fenómenos personales son completamente reales, y no meras formas de hablar que podrían llegar a substituirse. Debemos entonces bosquejar los lineamientos generales de una propuesta *realista* en relación con los agentes, la libertad y la causalidad mental, lo que finalmente nos llevará a asumir a la brecha y la *akrasia* como fenómenos tanto reales como explicables.

2 Los problemas de la perspectiva de la causalidad eficiente

Vimos que en la propuesta de Searle la brecha causal entre estados mentales y acción es una condición necesaria para percibirnos como agentes, puesto que sin ella no nos podríamos concebir como individuos que pueden actuar en contra de sus propias decisiones –actuar irracionalmente– y, así, la racionalidad, la libertad y la responsabilidad quedarían reducidas a meras ilusiones. En consecuencia, argumentamos que si queremos dar una lectura realista de la acción, la mente y la racionalidad, deberíamos aceptar la brecha como un fenómeno real e irreductible, en contra de lo que el mismo Searle afirma.

Dedicaremos esta sección a analizar la idea misma de una *causalidad eficiente entre estados mentales y acciones* que creemos se encuentra en la base de la inconsistencia de Searle. Examinaremos algunos problemas generales que –junto con el problema de la brecha– el teórico de la *causalidad eficiente y lineal entre mente y acción* debe enfrentar. Trataremos de mostrar que los problemas planteados a la perspectiva de la causalidad eficiente son insolubles, y que para superarlos debemos introducir un cambio profundo en nuestra concepción tradicional (moderna) de causalidad.

2.1 El problema categorial de la relación causal entre eventos mentales y acciones

Según la perspectiva tradicional de la causalidad mental, los estados mentales y las acciones se relacionan de forma eficiente y lineal. Es *lineal* porque las entidades relacionadas causalmente sólo se pueden ubicar en una sucesión temporal en la que las primeras *antecedan* o *suceden* a las segundas y, por tanto, se excluyen espacio-temporalmente. Y es *eficiente*, porque se instancian leyes universales y estrictas que hacen que la causa sea suficiente

lo que [creemos] acerca de cualquier cosa es falsa y es el fin del mundo.” (Fodor 1990 157)

para el efecto; que una vez se tenga la causa, sea necesario –por ley natural– que se siga el efecto. Así, acciones y estados mentales son entidades que se colocan unas al lado de las otras, en la misma categoría y, por ende, pueden estar juntas o separadas dependiendo de *cuestiones fácticas*. Como diría Fodor, *es posible* que una persona tenga un estado mental independientemente de si tiene otros estados mentales o de si tal estado mental causa o no un comportamiento. Según la famosa crítica de Ryle, bajo esta concepción, que denomina el dogma del ‘fantasma en la máquina’, una persona tiene estados mentales y estados corporales –acciones–; tiene mente y cuerpo.

Para Ryle esta afirmación constituye un error categorial, puesto que los conceptos de *mente* y *acción* no son del mismo tipo o categoría y, por tanto, no es cierto que mente y acción se relacionen de una forma meramente causal y contingente. Ryle sostiene “que cuando describimos a los demás como ejercitando cualidades mentales, no nos referimos a episodios ocultos que causan sus expresiones lingüísticas y sus actos manifestos, sino a las expresiones y actos en sí mismos” (Ryle 2005 23). Y nos referimos a los actos mismos porque cuando calificamos a alguien con un predicado mental lo que hacemos es atribuirle ciertas *disposiciones para actuar* de determinadas formas. Así, “[p]alabras como ‘conocer’, ‘creer’, ‘esperar’, ‘inteligente’ y ‘ocurrente’ son palabras disposicionales determinables” (Ryle 2005 118). Así mismo, decir que alguien cree, conoce, desea o tiene la intención de, es “hablar de las aptitudes, habilidades y propensiones de esa persona para hacer y padecer determinados tipos de cosas en el mundo de todos los días” (Ryle 2005 205).

Encontramos un análisis similar acerca de la relación mente-acción en el trabajo de Wittgenstein, cuando afirma que existe una razón gramatical (‘lógica’) acerca de por qué muchos de los fenómenos que normalmente consideramos como estados mentales no son estados o eventos, al menos en el mismo sentido en el que lo son las entidades que consideramos paradigmáticamente como eventos (por ejemplo, movimientos corporales). Cuando Wittgenstein analiza los conceptos de *creer*, *entender*, *saber* y *conocer*, junto a aquellos otros que parecen denotar más claramente estados *mentales* como *dolor* y *sensación*, encuentra una distinción importante según la cual normalmente podemos decir que los estados (en este caso mentales) son ininterrumpidos, mientras que no tiene (el mismo) sentido hablar de, o preguntarnos acerca de, la duración de un supuesto estado de entendimiento, conocimiento o creencia. Parece que no podemos hacer claro sentido del momento específico en que alguien ha empezado a creer que su mamá se llama Pepita, o a entender las reglas del ajedrez. Aun si pudiéramos determinar de una forma más o menos clara el momento en que alguien empieza a creer en estas cosas, o el momento

en que alguien empieza a desear tener cierta profesión, o entender las reglas del ajedrez, nos damos cuenta de que tener tales ‘estados’ mentales no implica que tal persona esté pensando en todo momento en ellos, o que esté actuando en todo momento de acuerdo a ellos (actualizándolos), sino que estos ‘eventos’ mentales se expresan de forma esporádica en ciertas circunstancias particulares; y ese comportamiento es precisamente el que tienen las disposiciones. Es claro entonces, al menos en estos casos, que los fenómenos mentales en cuestión tienen un carácter disposicional.

Aun cuando se acepte que existen eventos mentales y eventos físicos, lo que trata de negar esta línea de pensamiento es que estos eventos estén en el mismo nivel categorial. Si aceptamos la caracterización canónica de *evento* como la ejemplificación o instanciación de una propiedad de un objeto en un momento dado¹¹, podemos ver que tenemos dos sentidos de este concepto cuando hablamos de eventos mentales y físicos. En el primer caso, hablamos de una *propiedad disposicional* que algo o alguien posee a través de cierto lapso temporal, mientras que en el segundo sentido hablamos de una *propiedad categórica* instanciada por algo en un momento específico. Un ejemplo del primer tipo lo encontramos cuando decimos que una persona es fumadora, y con ello decimos que tiene cierta disposición, o propiedad disposicional, según la cual en ciertas circunstancias va a fumar; pero con ello no decimos ni implicamos que esté fumando en tal o cual momento. Al igual que podemos decir que tal persona es fumadora, también podríamos decir que tal persona está fumando, es decir, podemos atribuirle cierta acción (evento), que viene siendo la instanciación de una propiedad categórica por parte del sujeto en un momento particular; pero las dos atribuciones son diferentes. Así, cuando hablamos de eventos mentales y eventos físicos estamos utilizando la palabra ‘evento’ en dos sentidos distintos aunque relacionados. Aquí ‘evento’ sufre una suerte de polisemia. Y, a su vez, mantiene cierto aire de familia.

Dado este análisis, según el cual no podemos afirmar que acaecen eventos físicos y mentales en un mismo sentido sin caer en un error conceptual o categorial, es ilógico creer que un evento mental puede causar *eficiente y linealmente* un evento físico: simplemente no estamos diciendo el mismo tipo de cosas cuando decimos ‘eventos físicos’ y ‘eventos mentales’ y, a su vez, cuando decimos ‘un evento físico causa X’ y ‘un evento mental causa X’. En consecuencia, si seguimos el análisis de autores como Ryle y Wittgenstein y asumimos un tipo de relación causal específico –causalidad eficiente–,

¹¹ Jaegwon Kim (1976) ha sido uno de los primeros filósofos en explicitar esta caracterización que actualmente se acepta como correcta. Jerry Fodor, del cual hablaremos en un momento, asume tal definición cuando defiende su teoría de la identidad de instancias (Fodor 1985 34).

tendremos que concluir que no puede haber causalidad entre mente y acción, *porque estas son entidades que se encuentran en categorías distintas*¹².

2.2 El problema agencial de la relación causal entre eventos mentales y acciones

Podemos decir que son dos los problemas fundamentales con los que nos enfrentamos en el campo de la metafísica de la causación: (i) la naturaleza de los entes relacionados y (ii) la naturaleza de la relación que mantienen estas entidades. Según la visión estándar, las entidades implicadas en relaciones causales son los *eventos* (Davidson 1970; 1980; Kim 1973). En cuanto a la relación causal que se da entre éstos, podemos decir que al menos desde Hume se entiende como contingente; la causa es completamente separable del efecto tanto lógica como ontológicamente.

El segundo problema con el que se enfrenta la perspectiva de causación eficiente, como sostiene Alicia Juarrero, fue articulado por Roderick Chisholm cuando “afirmó que a menos que supongamos que algunos eventos son causados por no-eventos, esto es, por personas, la responsabilidad personal es imposible.” (Juarrero 1999 15) Si esto es correcto deberíamos introducir lo que se ha llamado la teoría de la causación agencial: “para [que una conducta mía] califique como acción, los teóricos de la causación agencial (*agent causation*) afirman que yo – no sólo algún evento en mí – debo haber causado la conducta.” (Juarrero 1999 25) Dentro de esta perspectiva se aceptarían tres puntos importantes: (1) la caracterización fundamental de la acción se da gracias a una relación causal, a diferencia de lo propuesto por Ryle y Wittgenstein. (2) El agente, esto es, el yo, tiene un estatus ontológico y causal positivo, puesto que es él quien está implicado en la producción de sus acciones para que estas cuenten como verdaderas acciones. Y (3), la relación que se mantiene entre agentes y acciones no es únicamente causal, puesto que *no* se da entre entidades de la misma categoría –en cuyo caso tendríamos causalidad eficiente–, sino entre entidades que mantienen una relación ontológica y de composición (mereológica: de parte-todo): un agente *es* y *está constituido* por lo que hace, por sus acciones.

Por su parte, Searle considera como necesarias ciertas características del *yo* para la explicación de la acción humana; queremos señalar explícitamente dos: llevar a cabo acciones y ser responsable de ellas (2000; 2001 cap. 3). A pesar

¹² De hecho, esta es una de las consecuencias más fuertes y problemáticas que los seguidores de estas perspectivas filosóficas han mantenido en contra de una teorización causal de lo mental y lo agencial.

de que el agente o el yo es quien realiza y es responsable de sus acciones, este filósofo cree que, estrictamente hablando, el agente no tiene una influencia causal en el mundo. Pero ¿cómo hace Searle para caracterizar al agente de acuerdo a estas propiedades sin introducir un elemento causal entre él y sus acciones? Creemos que Searle no tiene respuesta; y no la tiene, porque sólo le concede al yo propiedades lógicas y trascendentales (en el sentido de condiciones de posibilidad), que si embargo no son reales o efectivas (causales)¹³; es decir, hace del yo una condición necesaria para que podamos hablar de acción, libertad, responsabilidad y brecha, pero le niega cualquier poder de intervención en el mundo real. Miremos su rechazo a la causación agencial.

A través de su articulación del fenómeno de la brecha, Searle se pregunta cómo es posible que las condiciones causales no sean suficientes. En este momento intenta refutar una propuesta que pretende explicar el paso causal a través del cual superamos la brecha, es decir, pasamos de nuestras intenciones a nuestras acciones, a saber, la propuesta de la causación agencial: “la causa de la acción soy yo. Yo, la persona que realiza la acción, soy su causa. De este modo, no hay ninguna brecha causal. La persona es la causa” (Searle 2000 102-3). Aunque Searle admite que contar con un yo ‘sustancial’ es necesario para dar cuenta de nuestras acciones, rechaza la idea de que haya una relación causal entre éstos al afirmar:

Creo que esta respuesta es peor que si fuese mala filosofía, es mal castellano. Existe una constricción sobre la noción de causación de acuerdo con la cual siempre que un objeto *x* se cita como una causa, tiene que haber algún rasgo o propiedad de *x*, o algún acontecimiento que involucre *x*, que funciona causalmente (Searle 2000 103).¹⁴

Y estamos de acuerdo con Searle. Si hablamos de *causalidad eficiente*, como siempre creemos hacerlo, es claro que sólo podemos decir que un objeto causa algo cuando es el hecho que tal objeto tenga cierta propiedad en cierto momento (es decir, es el hecho que a tal objeto le suceda algo); la causación sigue siendo establecida entre entidades (eventos) de la misma categoría. Pensar que podemos establecer relaciones causales entre entidades de distinto tipo, como veíamos con Ryle, constituye un error categorial. En este mismo sentido otros filósofos han planteado sus críticas a la causalidad agencial (cf. Patarroyo 2009 y Hoyos 13-14). Si recurrimos a la causalidad agencial desde una perspectiva de la causa-

¹³ Muchos filósofos encuentran una relación interna y necesaria entre el poder causal de una entidad y su realidad o existencia. Véase, por ejemplo, Kim 2007 409 y Fodor 2003, 136.

¹⁴ Véase la versión inglesa: Searle 2001 82.

ción eficiente, como de hecho Reid, Richard Taylor y R. Chisholm lo hacen¹⁵, caemos en un error categorial que nos impide entender la relación entre agente y acción. No obstante, la causalidad eficiente no es la única forma de entender el vínculo causal entre agente y acción.

3 Causalidad agencial y mental como causalidad descendente

En la actualidad hay un resurgimiento de la idea de *emergencia* de entidades completamente nuevas a partir de la organización de otras que inicialmente no presentan tales propiedades. Y quizás la idea central de la emergencia es la *causalidad descendente*¹⁶. Mientras que en la tradición se ha aceptado la causalidad *eficiente* como el tipo paradigmático –y quizás único– de causalidad, podemos ver que incluso es común que se admita la causalidad que podríamos llamar *ascendente*: de esta forma es que decimos que las propiedades microfísicas de, por ejemplo, las pelotas de goma, son las que causan sus propiedades macroscópicas, como por ejemplo su capacidad de rebotar. En esta línea de razonamiento precisamente se ha fundado el reduccionismo, al creer encontrar la explicación de toda propiedad macroscópica en términos de propiedades micro, propiedades de los constituyentes de los fenómenos macro.

Como muchos teóricos han señalado¹⁷, la causalidad descendente ha sido eliminada de nuestra forma de pensar y explicar los fenómenos del mundo. Sin embargo, parece que cada vez se hace más necesario insertarla en nuestra explicación de los fenómenos. Es en el ámbito de la biología y de los sistemas dinámicos y complejos donde primero se ha usado, y ahora parece incorporarse coherentemente en la explicación de la relación mente-cerebro-materia. Inicialmente podemos caracterizar a la causalidad descendente como aquella *restricción* que ejerce el todo sobre sus partes. La mayoría de autores coinciden en que esta restricción se lleva a cabo mediante una *selección* de procesos y eventos de nivel inferior (partes) en concordancia con y en función de los de nivel superior (véase, por ejemplo, Campbell 1974, Van Gulick 1993, Murphy & Brown 2007). ¿Cómo sucede esto? La idea básica es que los procesos de nivel inferior, por ejemplo los procesos atómicos, se desarrollan conforme a una enorme multiplicidad de leyes físicas que permiten que sean sistemas con

¹⁵ Para sustentar esta afirmación véase O'Connor 2000 cap. 3.

¹⁶ Así lo ha argumentado largamente Kim (véase, por ejemplo, Kim 1992 121).

¹⁷ Por ejemplo Popper (1997), Ellis y Juarrero.

un grado muy alto de entropía. Cuando estos procesos se organizan complejamente, aparecen propiedades de niveles superiores, propiedades emergentes que terminan ejerciendo una influencia causal selectiva que hace que los procesos constituyentes físicos, que inicialmente eran altamente caóticos, empiecen a comportarse de una forma más ordenada y restringida. Así, las entidades de organización superior causan que los procesos, eventos y sustancias que las componen tengan ciertas propiedades y no otras; esto, en función de la causalidad de la entidad de nivel superior. En este sentido, un elemento clave para entender la restricción descendente es el *contexto* en donde se desarrolla la conducta y los procesos de nivel superior (cf. Ellis 2009).

Un ejemplo típico de causalidad descendente lo constituye la relación célula-moléculas: la conducta de la primera restringe el funcionamiento y comportamiento de las segundas de tal forma que, al determinarse en relación con otras células (su contexto), es decir, al determinarse como una célula de cierto tipo, topología y función, restringe la gama de procesos, eventos y leyes que se instancian en el nivel de las moléculas (inferior en este caso). De esta forma, el emergentista sostiene que no podemos entender cabalmente los procesos de las células con base en las meras leyes que rigen a las moléculas sino que debemos introducir nuevas leyes que, aunque actúan en conformidad con las anteriores, del nivel inferior, *no se deducen* de –*ni se reducen* a– éstas.

En el caso de la explicación de la agencia podemos decir que existen diferentes niveles de organización: en un nivel encontraríamos a las entidades cerebrales, en un segundo nivel a las conductas y acciones de los individuos, en el tercero a los estados mentales, en el cuarto a las personas, agentes y yoes, y en el quinto, y quizás último nivel, a las sociedades. Si aplicamos la idea general de la causalidad descendente a esta estructura organizacional y de complejidad podemos ver que, en concordancia con la argumentación de Ryle y Wittgenstein, tenemos diferentes niveles categoriales irreductibles que mantienen ciertas relaciones lógicas y ontológicas. Podemos exponer de una manera general la forma en que se relacionan estas entidades: una acción, un movimiento corporal, se compone de diferentes eventos y procesos fisiológicos, entre ellos neurológicos. Asimismo, los eventos mentales estarían constituidos a partir de acciones; es por ello que Wittgenstein y Ryle sostienen que la acción es intrínseca a los estados mentales, es su expresión y su criterio. En su perspectiva, no pueden existir estados mentales sin acciones que los expresen. De la misma forma tenemos que decir que las mentes, los agentes y los yoes están constituidos por estados mentales y, así, tampoco pueden existir sin ellos.

En esta aproximación emergentista de la agencia, una persona o yo es la articulación y organización emergente que tienen ciertos estados mentales

agregados en una zona espacial, la del cuerpo del agente en cuestión. El agente causa –al seleccionar– sus estados mentales, dependiendo las relaciones racionales, intencionales y de coherencia que existan entre ellos; finalmente el agente causa que ciertos cursos de acción se den, al seleccionarlos sobre otros cursos posibles y, por tanto, controla real y causalmente lo que hace de una forma descendente. En el último nivel de organización tendríamos a las sociedades que se componen de individuos y que también ejercen una influencia sobre éstos. Por ello, el agente es producto ascendente de su ‘naturaleza’, su física, química y biología; es producto eficiente de sus propias decisiones e intenciones; y resultado descendente de su entorno social y cultural. Es, en suma, un sistema complejo y dinámico que se auto-regula.

Según esta idea, decir, por ejemplo, que he movido el vaso intencionalmente es afirmar (i) que mi cuerpo se ha movido y ha causado el movimiento del vaso, (ii) que he tenido una intención cuyo contenido ha sido que el (este) vaso se mueva (de tal y tal forma) *como resultado de* que yo tuviera tal actitud. Y (iii) que este ‘como resultado de’ se debe entender en términos de causalidad descendente, es decir, como una selección que ejercen mis tendencias, disposiciones conductuales y mentales sobre los movimientos físicos que desarrollo en un momento específico; en este caso cuando tengo un vaso cerca de mi cuerpo.

A partir de una reinterpretación de la causalidad agencial (agente-estados mentales-acciones) y de la causalidad mental (estados mentales-acciones) como formas de causalidad descendente, podemos sugerir una solución a los problemas que hemos señalado que aquejan a la propuesta de Searle. El tener unas razones, unos estados mentales a partir de los cuales se llega a una decisión para actuar conforme a un curso de acción, es tener una disposición, tendencia o patrón de acción. Pero tener estas razones por sí solas no nos llevan a la acción, en tanto condición de satisfacción de la decisión o intención. Dependiendo de nuestra estructura motivacional, tendencias y deseos, vamos a actuar conforme o no a la decisión que consideremos mejor a partir de un proceso de deliberación racional. Como nos dice Juarrero,

[N]o importa cuán firme está uno resuelto en relación a un determinado curso de acción, si otros rasgos del carácter de la persona y de la personalidad son más fuertes, éstos van a superar la intención del agente. La firmeza de una intención particular dependerá menos de sus rasgos intrínsecos que del contexto general del cual ésta es sólo un componente (Juarrero 1999 250).

Aunque un fumador haya sopesado todas las razones relevantes para dejar de fumar, y aunque se haya decidido incondicionalmente a hacerlo, en un

momento dado puede volver a fumar. Y esto sucede, no porque tenga deseos inconscientes que racionalicen su acción como pretende Davidson, lo cual anularía la irracionalidad de su acto –y ¡con ello la capacidad de ser racional!-, sino porque sus tendencias, emociones, sensaciones y contexto normalmente lo llevarán a ello. Sólo cuando el agente cambie las circunstancias que se encuentran estructurando sus acciones y decisiones podrá llevar a cabo su intención inicial de dejar de fumar.

En este sentido, la *akrasia* continúa siendo un fenómeno irracional ya que se presenta cuando el agente no tiene razones para explicar su acción, o cuando sus razones no son suficientes para tal explicación, debido a que tiene mejores razones para haber actuado de otro modo.

Bajo la interpretación emergentista entonces se mantiene la idea de que hay una brecha entre nuestros estados mentales (razones) y nuestras acciones, no porque haya un tipo de causalidad *eficiente* extraño o especial en relación a la vida mental de los agentes, sino porque la relación causal entre intención y acción no es eficiente y, así, no puede ser suficiente. La causalidad descendente hace que las intenciones de un agente –y a través de ellas, el agente- seleccionen ciertos cursos de acción sobre otros, pero tal selección es una función del contexto general en el cual están inscritas tales intenciones, más que de sus rasgos intrínsecos o contenido intencional específico. Así, cuando tengo la intención de beber el agua que hay en un vaso, simplemente se activa una tendencia a actuar de tal forma que, dependiendo del contexto mental y social, me lleva o no a realizar tal acción.

4 Conclusión

Hemos argüido que la explicación del fenómeno de la *akrasia* que Searle desarrolla a través de su concepto de *brecha causal* es insuficiente. Este autor sostiene que la *akrasia* es un fenómeno irracional que se funda en la posibilidad de que las causas psicológicas no lleven necesariamente a las acciones a las que se dirigen. Sin embargo, mantiene, con la tradición filosófica, que las causas psicológicas de las acciones se deben entender como *eficientes*, como entidades separables lógica y ontológicamente de las últimas. Pero las causas eficientes son suficientes para que se den sus efectos; por esta razón autores como Davidson y Hare terminan negando la realidad de la *akrasia*: si una decisión incondicional no lleva causalmente a la acción en tanto su condición de satisfacción, es porque existe *otra* intención que funciona como su causa y su razón; un agente siempre actúa racionalmente. La tesis fundamental que

hemos sostenido es que la relación causal entre estados mentales y acciones no es de tipo eficiente y, por tanto, no puede entenderse en términos de condiciones suficientes. Para sustentar esta idea argüimos que los problemas con los que se enfrenta la tradición de la causación eficiente son insolubles: además del problema racional que se crea al negar la brecha y la *akrasia*, esta perspectiva debe enfrentar los cargos de cometer un error categorial fundamental y anular la realidad y efectividad causal del agente. Mediante la causalidad descendente, entendida como la selección que realizan los niveles superiores sobre los inferiores, reinterpretemos la causalidad estado-mental-acción y agente-acción, de tal forma que se mantiene la brecha causal necesaria para entender la *akrasia*, y se admite el poder causal necesario del agente sobre sus acciones, condiciones necesarias para los fenómenos de elección, responsabilidad y libertad implicados en el concepto de *agencia*.

Trabajos citados

- Campbell, Donald T. “‘Downward Causation’ in Hierarchically Organised Biological systems”. *Studies in the philosophy of biology. Reduction and related problems*. Eds. F. J. Ayala & T. Dobzhansky. Berkeley: University of California Press, 1974. 179-186.
- Davidson, Donald. “Mental Events” 1970. *Essays on Actions and Events*. 207-227.
- . “Actions, Reasons, and Causes”. 1963. *Essays on Actions and Events*. 3-19.
- . *Essays on Actions and Events*. Oxford: Clarendon Press: 1980.
- Dennett, Daniel. “Personal and Sub-personal Levels of Explanation”. 1969. *Philosophy of Psychology. Contemporary Readings*. Ed. J. L. Bermúdez. New York: Routledge, 2006. 17-21.
- Ellis, George. “Top-Down Causation and the Human Brain”. *Downward Causation and the Neurobiology of Free Will*. Eds. Nancey Murphy, George F.R. Ellis & Timothy O'Connor. Berlin: Springer, 2009. 63-81.
- Fodor, Jerry. *El lenguaje del pensamiento*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- . “Making Mind Matter More”. *A Theory of Content and Other Essays*. Cambridge (MA): MIT Press, 1990. 137-159.
- . *Hume Variations*. Oxford: Clarendon Press, 2003.
- Hoyos, Luis Eduardo. “Causa y acción”. Inédito.

- Juarrero, Alicia. *Dynamics in Action. Intentional Behavior as a Complex System*. Cambridge (MA): Massachusetts Institute of Technology, 1999.
- Kim, Jaegwon. "Causation, Nomic Subsumption, and the Concept of Event". *Journal of Philosophy* 70.8 (1973): 217-236.
- . "Events as Property Exemplifications". *Action Theory*. Eds. M. Brand & D. Walton. Dordrecht: Reidel, 1976. 159-77.
- . "'Downward Causation' in Emergentism and Nonreductive Physicalism". *Emergence or Reduction? Essays on the Prospects of Nonreductive Physicalism*. Eds. Ansgar Beckermann, Hans Flohr, & Jaegwon Kim. Berlin: Walter de Gruyter, 1992. 119-138.
- . "The Causal Efficacy of Consciousness". *The Blackwell Companion to Consciousness*. Eds. Max Velmans & Susan Schneider. Oxford: Blackwell, 2007. 407-417.
- Murphy, N. & Brown, W. *Did My Neurons Make Me Do It? Philosophical and Neurobiological Perspectives on Moral Responsibility and Free Will*. New York: Oxford University Press, 2007.
- O'Connor, Timothy. *Persons and Causes. The Metaphysics of Free Will*, New York: Oxford University Press, 2000.
- Patarroyo, Carlos. "Libertarismo & error categorial". *Ideas y Valores* 58.141 (2009): 141-168.
- Popper, Karl. "La selección natural y el surgimiento de la mente". *Epistemología Evolucionista* Trad. Jorge Mario Martínez. Comps. Sergio Martínez & León Olivé. México: Paidós, 1997. 25-42.
- Ryle, Gilbert. *El concepto de lo mental*. Barcelona: Paidós, 2005 [1949].
- Searle, John. *Intencionalidad. Un Ensayo en la Filosofía de la Mente*. Trad. Enrique Ujaldón Benítez. Madrid: Tecnos, 1992.
- . *Razones para actuar*, Trad. Luis M. Valdés, Barcelona: Nobel, 2000.
- . *Rationality in Action*. Cambridge (MA): MIT Press, 2001.
- Van Gulick, Robert. "Who's in Charge Here? And Who's Doing All the Work?" *Mental Causation*. Eds. J. Heil & A. Mele. Oxford: Clarendon Press, 1993. 233-256.
- Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica; México: UNAM, 1988.
- . *On Certainty*. Oxford: Basil Blackwell: 1969.